

A. Th. Bouter

El mensaje del Evangelio

Creación, redención, eternidad

Pasajes bíblicos: Génesis 1-3; Juan 1-3; Apocalipsis 20-22

Introducción

Para entender el mensaje del Evangelio, hay que leer atentamente los pasajes bíblicos antes mencionados. La Biblia es un libro demasiado importante como para tener una y leerla a menudo. Nuestra cultura cristiana occidental se ha formado con ella, pero muchas personas ya no conocen este fundamento de vida y de fe. Un déficit que es urgente cambiar. Los pasajes para comprender adecuadamente la Biblia los constituyen los tres primeros capítulos (Génesis 1 a 3), los tres primeros del Evangelio de Juan y los tres últimos del Apocalipsis, un libro misterioso para la mayoría. A continuación, vamos a dar una breve presentación del Evangelio. Si quieres saber más, no te pongas límites leyendo estos capítulos, sino lee algo más de la Palabra de Dios para reflexionar sobre ello con oración sincera y diaria. Dios se revela al hombre de la manera más maravillosa a través de su Palabra, y todavía hoy le habla por medio de las Sagradas Escrituras.

¿Qué significa el término Evangelio? «Buena noticia». Después de la resurrección y ascensión de Jesucristo, el evangelio es predicado por los apóstoles. Se basa en las verdades del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento es, en cierto modo y con distintos matices, su continuación e inseparable de él. Desde que el Evangelio llegó a Europa – más bien Roma (Rom. 1,7 ss.) –, ha sido proclamado siempre por los testigos fieles de Dios en todo el mundo.

Es necesario conocer y creer, en primer lugar, las primeras revelaciones de Dios para entender el Evangelio. Para esta versión corta, habría que leer los tres primeros capítulos de la Biblia, que empiezan en el Génesis, y el cual significa «origen» en otras traducciones. A partir del mismo, se desarrolla toda la verdad. Sin aceptar y creer las verdades del comienzo de la Biblia, no puede entenderse toda la Escritura.

Parte 1. Creación

Cuando Dios comienza a hablar al hombre, por lo general en las Escrituras, se revela ante todo como el Dios creador soberano: «En el principio, Dios creó los cielos y la tierra». Ningún hombre puede conocer o inferir el principio a menos que Dios lo revele. Los incrédulos piensan lo contrario, por lo que no necesitan creer en Dios y piensan que no le deben ninguna responsabilidad como criaturas. «El necio dice en su corazón: no hay Dios» (Salmo 14:1-3). Estos dos puntos de vista (creación o evolución) son diametralmente opuestos. El reconocimiento de Dios como Creador es una cuestión de obediencia incondicional que la fe proporciona (He 11:1, 3 y 6). En cambio, el compromiso nunca lleva al hombre al objetivo de reconocer a Dios y sus acciones. Quienes se adhieren a la teoría o doctrina de la evolución, que no deja de ser una pseudoreligión, deberían preguntarse por qué la prefieren a la enseñanza de la creación. ¿No se han alejado moralmente del Dios eterno y vivo, creador de todo? ¿Cómo se libera el hombre del poder del pecado, que lo separa de Dios? ¿Ves la relación? Como el hombre no quiere volver a Dios, endurece cada vez más su corazón y se vuelve insensible a la acción del Espíritu de Dios. Suele esconderse detrás de esta incredulidad bajo pretextos científicos, engañándose a sí mismo y a los demás. Pero hace mucho tiempo que estas supuestas pruebas científicas fueron refutadas por Dios en las sagradas Escrituras (Rom. 1:18-25).

La creación, el universo entero, da testimonio de la gloria de su Creador. Los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento proclama la obra de sus manos (Salmo 19), por lo que no tienes excusa ni vas a ser eximido cuando te presentes ante tu Creador, y Dios pida cuentas a cada persona al fin de la humanidad (Apocalipsis 20:11-15). Esta verdad, comunicada al principio de la Palabra de Dios, no puede negarla ningún ser humano.

La ciencia actual ha explorado la infinidad del Universo. Las galaxias están organizadas en estructuras de un tamaño insondable. Se han descubierto los detalles más minúsculos del espacio, y nunca se había explorado tan exhaustivamente la densa información del ADN humano ni el majestuoso plan de

Dios subyacente como hoy en día. Como resultado, es evidente que una inteligencia indescriptiblemente superior a la que posee el hombre se halla detrás de todo el intrincado de seres creados. Una y otra vez se confirma lo que dice la Sagrada Escritura sobre el Creador: «Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas hechas, su eterno poder y divinidad, de modo que no tienen excusa» (Rom. 1:20ss). Cuanto más investiga el hombre natural, más disminuye su fe en Dios, según parece. «Profesando ser sabios, se hicieron necios» (Rom. 1:22). Si el hombre no cree en Dios ni en su Palabra, no le rinde honor y va de tropiezo en tropiezo.

Sé honesto contigo mismo y afronta esta verdad. El avestruz esconde la cabeza bajo el ala para no ver el peligro que se avecina. Pero cuando el peligro real se cierne sobre ti, no puedes negar la verdad de Dios. Sigue leyendo acerca de ella y cree en las Sagradas Escrituras. «Pero sin fe es imposible agradar a Dios [...]; quien se acerca a Dios debe creer que Él existe y que es remunerador de los que le buscan con diligencia» (He 11:6). Dios es el único y soberano Creador, quien creó los cielos y la tierra en seis días hace 6.000 años.

El primer capítulo de la Biblia, en Génesis, dice que Dios comenzó creando la luz, la tierra y sus océanos, las plantas, los árboles, luego el sol, la luna y las estrellas en el cuarto día; después, las aves y los peces, y finalmente, en el sexto día, los mamíferos. Como cabeza de la creación, vino el hombre, y asimismo la mujer. Después de este clímax, Dios descansó de toda la obra creada. El valor del hombre radica en que fue creado por Dios con cuerpo, alma y espíritu. No surgió por casualidad ni evolucionó hacia una forma superior durante millones de años. Esta es la principal mentira de la teoría evolutiva, que niega, junto con el transhumanismo, que el hombre tenga alma y espíritu. La historia de la salvación muestra claramente que Dios amó tanto al hombre que envió a su único Hijo a este mundo para salvar a la humanidad, que se encontraba separada de Él.

Llegados al capítulo dos de Génesis, encontramos la descripción de las condiciones ideales en las que el Creador puso al hombre: un jardín paradisíaco en que disponía de todo lo necesario y donde podía vivir en comunión con Dios. Este visitaba a menudo aquel jardín para hablar con Adán y Eva. Allí no había pecado, por lo que no existían el sufrimiento, la miseria ni la muerte. El hombre debía mantener y cultivar el jardín, realizar sus deberes para desarrollar las capacidades que Dios le había dado. A fin de recordar a la criatura la relación que sostenía con el Creador, se le había dado la orden de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, pues de lo contrario moriría (Génesis 2:16-17).

Hasta entonces, el hombre inocente solo conocía el bien, lo cual era una suerte. Para ser verdaderamente feliz, lo mejor es no conocer el mal. Dios quería proteger al hombre de este, y así tuvo comienzo la hermosa creación, en la que vemos la bondad divina y una comunión sin obstáculos con la humanidad. El hombre tenía la capacidad de mantener dicha comunión con Dios, porque a diferencia de los otros mamíferos había recibido Su aliento de vida. Era, pues, una criatura con cuerpo, alma y espíritu que sigue teniendo un profundo anhelo de Dios, y únicamente puede ser feliz cuando disfruta de una comunión sin obstáculos con el Creador.

Caída y redención

Después de que el pecado entrara en el mundo, sabemos que las cosas se volvieron muy distintas. Esto lo cuenta el capítulo 3 del Génesis. Era importante y bueno que el hombre recibiera el cometido divino de guardar el jardín (Gn 2:15). ¿Existía algún riesgo de desbaratar este plan? El riesgo llegó de parte de Satanás en forma de serpiente, que tentó al hombre con su astucia. Y lo mismo hace hoy, utilizando el mismo método de preguntas y mentiras: ¿había dicho Dios realmente eso? De este modo, entonces, y también hoy, crea la duda en el corazón humano acerca de si Dios dice siempre la verdad. Pero Dios no puede mentir, dice la Escritura (Tit 1:2; He 6:18). Satanás, en cambio, es el *homicida del hombre desde el principio y el padre de la mentira* (Juan 8,44).

Después de que Eva, la esposa de Adán, escuchara a la serpiente en el Jardín del Edén, rehúsa informar inmediatamente a su marido de esta nueva situación y es engañada por la astucia de Satanás. La serpiente presenta abiertamente a Dios como un mentiroso. Sugiere que quería ocultarles algo, lo que les haría estar siempre bajo su control. Pero si comían del fruto, llegarían a ser como Él y conocerían el bien y el mal (Gn 3,1-7).

Lucifer, el príncipe o arcángel, la estrella brillante, el hijo de la aurora (*helel*, en hebreo), el querubín ungido (Ezequiel 28:14), cayó por orgullo contra Dios y fue rechazado por Él, desterrándole de su presencia (Is 14:12-15; Ezequiel 28:13-17). Entonces, se convirtió en el amargo adversario de Dios. El pecado de la soberbia también hizo caer a los primeros humanos en el Paraíso. En el proceso, nacieron tres formas de lujuria:

1. La comida buena y sabrosa (el placer carnal o físico).
2. La lujuria de los ojos (la codicia del alma).

3. El deseo de llegar a ser sabio e iluminado, en lo referido a la mente (1 Juan 2:16).

En todos los ámbitos, Satanás atacó al hombre tanto de frente como astutamente y de forma encubierta, produciendo su profunda caída y separación de la comunión con Dios. Esta caída le cambió por completo y de forma repentina, y se vio abocado a este estado de forma permanente. Desde entonces, conoció el mal y quedó atrapado en él. La serpiente le había ocultado este terrible resultado. El juicio mortal del hombre comenzó con su muerte espiritual. Desde entonces, existe una barrera infranqueable entre el Dios absolutamente santo y el hombre pecador. Dios es absolutamente santo y puro en su esencia, pues es luz. El hombre, en cambio, perdió su inocencia. En su caída, arrastró a toda la creación hacia la muerte y la destrucción (Rom. 8:19-22). Morir era solo cuestión de tiempo, aunque Dios le dio tiempo para que entrara en razón y se arrepintiera. Pero el hombre no siempre tiene tiempo, como suele decirse (He 4:1-7).

Dios llama al hombre a la responsabilidad, y comienza con quien tiene mayor carga de conciencia con las palabras «¿Dónde estás?» ¿También tú escuchas las mismas palabras cuando Dios te llama? ¿Dónde te encuentras realmente, qué haces? Adán no se limita a decir «Dios, aquí estoy», sino que presenta excusas y culpa indirectamente a Dios. Este le pregunta a Eva, y ella también elude la culpa para referirse a la serpiente. Dios no cuestiona a la serpiente, pero la juzga. Entonces, pronuncia una profecía: habrá enemistad entre la serpiente (Satanás, el diablo) y la semilla de la mujer (no del hombre): «... Ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón» (Gn 3,15).

Esto apunta a un acontecimiento futuro: de la mujer nacería un hombre (un salvador) que desharía las obras del diablo. Esta evidencia ocurrió cuando Jesucristo, el Hijo de Dios, vino a la tierra como hombre (1 Juan 3:8), donde tuvo que sufrir como consecuencia, y su carrera se vio interrumpida, de lo cual habla la herida en el talón. Muchas mitologías antiguas han tratado este principio, tan importante era el asunto que mantenía ocupado al hombre. Pero solo en el Nuevo Testamento encontramos su cumplimiento. *Es como una declaración de guerra de Dios a Satanás, después de engañar al hombre, sobre la batalla cósmica que terminará con la victoria del Hombre. Toda la Escritura hace alusión a esta guerra.*

Sin embargo, Dios aporta la solución y castiga a los culpables. La mujer sufre al dar a luz, y el hombre padece las consecuencias de la maldición de la tierra. El camino hacia el feliz Jardín del Edén quedó bloqueado. Los avatares de la vida en la tierra maldita son la consecuencia del gobierno de Dios para con el hombre (Gn 3,15-19).

La pregunta tras estos acontecimientos se formula de la siguiente manera: ¿Quería Dios privar a la humanidad de algo? ¿No amaba realmente a los humanos? ¿Apreciaba de veras a Adán y Eva? El mundo angélico fue testigo de la creación y de todos estos sucesos. Dios no pronunció de manera inmediata un juicio, sino que mostró su gran misericordia y amor al hombre caído en desgracia. En lugar de la escasa cubierta de hojas de higuera (la propia justicia no ofrece al hombre la ropa idónea), Dios sacrifica animales y le viste con sus pieles (Gn 3:21). De este modo, Él es quien provee el sacrificio, lo que significa que el ser humano no tiene que morir físicamente, ni de forma inmediata. Esto señala a otros sacrificios y, en última instancia, al sacrificio definitivo que Dios mismo proporciona, el Cordero de Dios, Jesucristo, que quita el pecado del mundo. Leemos acerca de ello en el Evangelio según Juan cap. 1:29-36.

Los seis días de la creación muestran la obra sistemática de Dios en la historia de la salvación. La Caída no termina con un juicio inmediato, que habría afirmado la santidad de Dios y, por otro lado, no habría dejado espacio para que los planes de su insondable y profundo amor se realizaran. El desarrollo de la salvación es una revelación divina al hombre. Dios se revela progresivamente a él y no solo como Creador, sino como Juez sobre la tierra en el Diluvio, como Legislador a su pueblo terrenal Israel, después como Redentor, y finalmente como el Dios Padre lleno de amor. Se dirige al ser humano a lo largo de la historia, llevando a cabo su plan de salvación a través de Jesucristo para reconciliar y redimir una humanidad profundamente caída. Es cierto que el estado ideal no volverá, pero Dios tiene reservado algo mejor para el futuro: un cielo y una tierra nuevos (2 Pedro 3:13).

El hombre ha experimentado que en la creación existe un poder contrario y rebelde hacia el Dios vivo, contra quien instiga la astucia y el engaño. Sin embargo, más allá de toda medida Dios está por encima de todo lo que se puede nombrar. Por tanto, ha emitido un justo juicio sobre este poder. El hombre natural y pecador se ha convertido en la pelota de juego de Satanás, aunque aquel mantiene su responsabilidad ante el Dios Creador. Puede y debería volver a Él, arrepentido (Lucas 15:11-32). Asimismo, se aleja de forma consciente de Él, lo que determina que para este tipo de personas solo existe la separación terrible e ineludible de Dios en el tormento y la oscuridad eternos. El hombre recibió el aliento divino, un alma inmortal. En la resurrección (1Co 15), Dios da a todas las personas un cuerpo inmortal, y una vez reconciliadas con Él pueden experimentar inmediatamente la dicha eterna en su presencia. De no ser así, existirían el dolor y las tinieblas eternas, en que la conciencia humana sería acusada sin fin. ¡Qué indecible tormento! (Lucas 16:19-31). Este es el dolor de que habla la Escritura. Ningún profeta ha hablado de él más que Jesucristo, el Señor, Salvador y Redentor. Él quiere que el hombre

acepte *su* salvación y *su* obra de redención, y que de este modo escape, por gracia, a la justa condena de Dios. Para ello, Jesucristo el Señor vino a este mundo a buscar y salvar a los perdidos.

Parte 2. La redención

El mensaje del Evangelio de Juan (Juan 1-3)

El evangelio de Juan se remonta al principio de la creación, incluso a lo que existía antes de la creación. DIOS el Señor (YAHWE) está gloriosamente muy por encima de la obra de sus manos, la creación, y también muy por encima del espacio y el tiempo. Él es de eternidad a eternidad, antes del principio de *su creación*. El apóstol Juan habla de esto en Juan 1:1: *«En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. El mismo estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y sin él no se hizo nada de lo que se hizo».*

Aquí encontramos una maravillosa y gloriosa revelación de Dios, que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. Es decir, Dios no estaba solo. Ahora bien, el Verbo no era nada inferior a Dios o a una criatura. El Verbo era también Dios (Juan 1:1). Por tanto, está claro que en el principio había tres personas divinas: Dios Padre, Dios Hijo (Jesucristo) y el Espíritu de Dios (1Co 2,10-11). Por medio del Verbo, la creación surgió. Lee entero el primer capítulo del Evangelio de Juan. Este capítulo deja claro que el Verbo, Jesucristo, es el Hijo del Padre, que desde la eternidad estaba en el seno paterno y que se encarnó como un verdadero hombre, irradiando la gloria del Padre. Esto no puede decirse de un hombre mortal. Fue el consejo de Dios Padre, y del Hijo, que Dios (Jesucristo) se hiciera hombre. ¡Qué gracia! Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, se compadeció tan profundamente de la humanidad que envió a su amado Hijo unigénito para salvar a los que creyeran en *Él* y que pudieran aceptarle (Juan 1,12; 3,16).

El Evangelio de Juan dice que el propio Jesús es el Creador, que como hombre vino a su propia creación para redimirla y quitar el pecado del mundo. Dios envió a su amado Hijo para restaurar la relación con las personas perdidas, y no únicamente con el Dios Creador, sino con el Padre bondadoso y lleno de gracia que es. Solo el amado y unigénito Hijo divino podía hacer esto por nosotros, unos seres miserables y caídos. Mas para ello, debemos nacer de Dios, es decir, tras un arrepentimiento sincero debemos entregarle nuestra vida, *recibirle* y aceptarle en nuestro corazón y vivir según *su* voluntad.

En resumen, esto significa que Dios ofrece al hombre, quien está absolutamente separado de *Él*, una solución completa al problema de la Caída. Este no podía

arreglárselas solo, puesto que había caído muy bajo, alejándose de Dios, y era incapaz de alcanzar la justicia absolutamente necesaria y válida ante Dios. El pecado se aferraba a él (Rom. 3:23-24). Jamás podía ni podrá liberarse de la más pesada esclavitud de Satanás y del pecado mortal. Necesita al único salvador, el Señor Jesucristo. El hombre perdido debe tomar conciencia de su situación absolutamente desesperada. Es indispensable que reconozca a Dios como Creador y Salvador. Quien vaga en las tinieblas – porque aún no reconoce a Dios como Creador –, ¿cómo llegará a darse cuenta de que el Hijo eterno de Dios, Jesucristo, era el Verbo por medio del cual Dios creó todo? Jesucristo vino a esta tierra como un hombre real, aunque sin pecado, y fue el resplandor de la gloria y la imagen expresa de Dios Padre (Hebreos 1:1-3). Por medio del Hijo, Dios creó los mundos; este Hijo, Jesucristo, imagen expresa de Dios, sostiene todas las cosas por la palabra de su poder, por lo que es evidente que Él sostiene la creación, que todo sigue su curso y funciona con precisión divina (los cuerpos celestes, las leyes de la naturaleza, etc.). Sin Él, la creación dejaría de existir. El hombre, como criatura, depende totalmente de Dios. ¡Qué conocimiento más bendito!

El apóstol Juan presenta a quien sabe observar la grandeza y gloria de Jesucristo. Mas el Hijo no se quedó en el cielo para observar el estado de cosas a cierta distancia. Vino a este mundo y acudió a su pueblo terrenal, Israel, al que Dios había elegido. Israel tenía la Ley y los Profetas como posesión y herencia. Tales riquezas y revelaciones divinas no se habían dado a las demás naciones del mundo. Cristo vino a cumplir todo lo que los profetas habían predicho sobre Él. Cientos de profecías acerca de Jesucristo se han cumplido a lo largo de la historia. El Señor Dios se encargó de que así sucediera. La gracia y la verdad solo se revelaron plenamente a través de Jesucristo. ¿Podría Dios hacer más por su pueblo? ¿Qué haría este por Él? «Vino a los suyos (a Israel), pero los suyos no le recibieron» (Juan 1:11). Jesucristo era judío de nacimiento. Desde el principio no le aceptaron como Mesías, sino que fue rechazado por su propio pueblo.

Y tú, ¿has aceptado al Salvador Jesucristo? Él es la verdadera luz de Dios, que al venir al mundo ilumina a todo ser humano, llevándole a la Luz divina (Juan 1:9). En esta luz, el hombre reconoce lo pecador que es y que no puede existir ante el Dios santo por sus propios medios. La pregunta de cuán pecadores somos, no se responde comparándonos con Adán o con la Ley, sino comparándonos con el Hijo de Dios santo y sin pecado, Jesucristo, que vino a este mundo como hombre. Su luz brilla sobre nosotros para acercarnos a Él y salvarnos de la justa ira divina. Él vino y reunió a su alrededor a personas que fueran sus discípulos, quienes experimentarían, miraran y tocaran con sus manos la Palabra de Vida (1 Juan 1:1). Juan dijo: «Él habitó entre nosotros, y vimos su gloria, una gloria del unigénito del

Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14). ¿No te sientes atraído por esta maravillosa y gloriosa persona divina, que bajó de Dios hasta nosotros para devolvernos a Él? ¿Tú especialmente, que lees esto? Por ello pagó el precio más alto que se pueda concebir: «Porque Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios». Murió en la carne y fue vivificado por el Espíritu (1Pe 3,18).

Juan, el discípulo y apóstol de Jesucristo, escucha a Juan el Bautista decir: «He aquí el Cordero de Dios (Jesús, el Cristo) que quita el pecado del mundo». Dios tiene una solución para el problema del pecado humano. Jesucristo vivió una vida absolutamente santa y sin precedentes en la tierra, sin pecado, mostrando con hechos y palabras, milagros y prodigios, quién era y es realmente: el Hijo de Dios Padre, el Salvador prometido (Isaías 7:14; Miqueas 5:1ss), que nació de una virgen escogida por Dios, María, y en modo alguno concebido por un hombre, sino únicamente por el Espíritu de Dios (Mateo 1:18-25). Nació como hombre, tomando cuerpo de carne. Antes existía como Verbo con Dios, y *era* Dios mismo (Juan 1:1-3).

Solo Dios podía resolver este problema del pecado y la muerte, y Jesucristo lo hizo entregándose completamente como sacrificio en la cruz del Calvario. Nosotros éramos incapaces de resolver el problema, pero *Él*, sí, y podemos y debemos participar de esta obra de redención mediante la fe viva y la obediencia a Jesucristo. Es necesario reconocer la situación en la que, como seres humanos pecadores, hemos acabado por nuestra culpa. Debemos arrepentirnos profunda y sinceramente de nuestros malos caminos pecaminosos ante Dios, confesarle con franqueza todas nuestras transgresiones, pecados y ofensas y pedirle perdón según su gran misericordia. Para recibir esta salvación, uno debe aceptar personalmente a Jesucristo para convertirse entonces en un hijo de Dios liberado. Esto sucede a través del nuevo nacimiento (Juan 3:3), en la fe en Su persona, o, en otras palabras, a través del nuevo nacimiento del agua y del Espíritu (1 Juan 5:6-13).

En el pueblo de Israel, el cordero era un animal de sacrificio, el cual abundaba en la fiesta judía de la Pascua. Pero solo existe uno, Jesucristo, del cual la Escritura da realmente testimonio: «He aquí el Cordero de Dios» (Juan 1:29). Juan el Bautista podía testificar que el Señor Jesús había venido a este mundo, y el apóstol Juan nos cuenta cómo Jesucristo se convirtió en el Cordero de Dios.

En el capítulo 2 del evangelio de Juan, encontramos el primer milagro con que el Señor Jesús mostró su gloria, convirtiendo el agua en vino (Juan 2:1-12). Este prodigio indicaba que el Señor cambiaría la situación de pérdida de la verdadera alegría – cuya condición había surgido a causa de la Caída – y ofrecería el mejor

vino (Juan 2:10). Constituía un presagio de lo que Él haría en el futuro. Eliminaría el pecado y traería un gozo y una paz mayores que los que poseían los primeros seres humanos, Adán y Eva, en el Jardín del Edén.

En el capítulo 3 del evangelio de Juan, durante una visita nocturna el Señor Jesús explica al escriba y fariseo Nicodemo que el nuevo nacimiento es absolutamente necesario para entrar en el Reino de Dios (Juan 3:1-7). El hombre debe nacer de Dios. Con la vieja naturaleza humana innata, este no puede entrar en el reino, pero Dios le da esta nueva naturaleza si se convierte sincera e incondicionalmente a Él. La vieja naturaleza pecaminosa del hombre debe morir y ser crucificada con Cristo (Rom. 6).

El pueblo de Israel fue mordido por serpientes ardientes en el desierto, cerca del Mar Rojo, a causa de su desobediencia e incredulidad, por lo que muchos murieron (Nm 21:6-9). Se trata de una clara referencia a lo ocurrido al principio de la historia de la humanidad: la serpiente astuta, Satanás, que engañó al hombre (Gn 3,1-6). Morir por la mordedura de aquellas serpientes llegó a su fin cuando Moisés levantó la serpiente de bronce en una vara y los moribundos solo tenían que mirarla con fe para curarse: «Así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:14,15). Este es el camino de la salvación, el mensaje del Evangelio: «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16).

El primer hombre había culpado indirectamente a Dios por su transgresión y desobediencia mortales. ¿Qué sucedió después? Que Dios se hizo hombre en Jesucristo. El Hijo del hombre, Jesucristo, asumió la culpa y fue resucitado en la cruz (Juan 19:17-30) tras hacerse pecado en nuestro lugar. Recibió el pleno y severo juicio divino al ocupar el lugar del hombre caído y pecador, cumpliendo así las exigencias del Dios santo y justo. De este modo, Dios perdona los pecados del hombre arrepentido y no se acuerda más de ellos. En el Jardín del Edén surgía la pregunta de si Dios retenía algo al hombre. Ahora estaba claro que Dios ofreció a su Hijo amado para que las personas perdidas lo aceptaran y recibieran la vida eterna: «Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Juan 3:17).

El amor de Dios ha salido a la luz, sin duda. Dios hace al hombre una oferta muy grande, que le costó lo más alto, lo único, el sacrificio de su muy amado Hijo Jesucristo. Quien oiga hablar de esto, debería aceptarlo con agradecimiento. El mayor pecado no es desobedecer a Dios, como hizo Adán, o incumplir la ley de los Diez Mandamientos, sino rechazar esta oferta de salvación a través de Jesucristo y

ofender profundamente a Dios como consecuencia (1 Juan 5:10). Por este motivo, el Evangelio de Juan continúa después del capítulo 3:17ss: «El que cree en él no es condenado; pero el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios».

Así que, en nuestro tiempo, es posible proclamar, escuchar y aceptar el evangelio de la gracia de Dios. Dios no puede esperar más de las personas atrapadas en el pecado que aceptar este don de gracia tan extraordinariamente grande que se les ofrece. A través del mensaje de salvación, muchos fueron y siguen siendo salvados para la vida eterna, añadidos a la congregación de los redimidos, el Cuerpo de Jesucristo. Tienes que aprovechar esto para entrar en el Reino de Dios. Cambiará bruscamente tu relación con Él, y pasarás de estar separado de Dios – o infeliz a causa del pecado – a ser limpiado de ellos y a tener una feliz comunión con Dios y otras personas redimidas, de una perspectiva de futuro negativa a un futuro dichoso.

También es la única oportunidad de acabar en el bando de los ganadores en la batalla cósmica. Al final, solo hay ganadores y perdedores. Quienes pertenecen al Señor Jesús están con el vencedor. ¿Quién va a querer encontrarse entre los perdedores? Algunos sí, porque no quieren someterse a Dios. Pero se requiere una decisión de corazón para unirse al vencedor.

Al igual que la obra de Dios en la creación duró seis días (Génesis 1), la historia de la salvación divina también dura seis «días». El cuarto día estuvo dominado por el Sol. El Hijo de Dios, que aparece como la luz del mundo, recibe la irradiación de la Luna y da testimonio de ella en este mundo oscuro. Las estrellas señalan a los creyentes, que brillan como luces en el mundo (Filipenses 2:15). En el sexto día, el hombre aparece como cabeza de la creación. Y según el consejo y pronóstico de Dios, Cristo aparecerá en gloria para gobernar esta creación y bendecirla (Zacarías 14:9; Lucas 1:32-33; Apocalipsis 11:15b; 20:1-6).

Parte 3. Eternidad

Apocalipsis 20-22

Cuando la historia de la salvación llegue a su fin, Dios creará un nuevo cielo y una nueva tierra, que durarán toda la eternidad (2Pe 3:12, 13; Ap 21:1). De ello habla Apocalipsis 21. Es un futuro glorioso para los redimidos en Cristo. Sin embargo, la Escritura nos dice que, en primer lugar, habrá un juicio sobre los muertos, grandes y pequeños. Todos serán juzgados según sus obras. El Dios justo y santo no pasa por alto nada ni olvida nada. *Satanás, la serpiente antigua y sus ángeles, también*

serán juzgados (Ap 20:2 y 10). Lo que Dios había profetizado en el principio, se está haciendo realidad. El hombre Jesucristo es el vencedor del Calvario, quien hiere la cabeza de la serpiente.

Quienes no aceptan la oferta del Evangelio, que les trae la reconciliación y el perdón a través de la santa sangre de Jesucristo – derramada en una cruz maldita –, deben sufrir la muerte eterna en un tormento indescriptible y aceptar la separación eterna de Dios. Y quienes se negaron a arrepentirse ante Dios mientras vivían, no podrán hacerlo después. La realidad de estar perdido en la eternidad es verdaderamente aterradora y difícil de concebir (Apocalipsis 20:13-15).

Ahora es el momento de acudir a los brazos del Dios misericordioso y lleno de gracia. Imagínatelo. Vives en esta tierra creada por Dios y disfrutas de todo lo que Él da al hombre: «Dios, en tiempos pasados permitió que todas las naciones anduvieran por sus propios caminos. Sin embargo, no se dejó a sí mismo sin testimonio, ya que hizo el bien, y nos dio lluvia del cielo, y estaciones fructíferas, llenando nuestros corazones de alimento y alegría» (Hechos 14:16-17). Gozas de la vida, de la hermosa naturaleza, y al final todo desaparece con la muerte, nada vuelve. Y aunque Dios te lo da todo, lo rechazas con desprecio. Pues sepas que, si persistes en esta actitud depravada, quedarás separado de Dios en la eternidad (Apocalipsis 21). La justa y santa ira divina no se desprenderá de ti (Juan 3:18-20; 3:36).

En el día de descanso eterno, según la historia de la salvación, amanecerá un día para los redimidos (Ap 21 y 22): «Y vi un cielo y una tierra nuevos; porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado, y el mar ya no existía. Yo, Juan (evangelista o apóstol), vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, preparada como una novia adornada para su esposo». Leemos en el pasaje 21:4: «Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí que yo hago nuevas todas las cosas».

Por lo tanto, la muerte, consecuencia del pecado, no se producirá en la nueva creación. La descripción del estado eterno viene dada por la ausencia de las cosas presentes en la creación pecaminosa. Mediante la obra de Jesucristo en el Calvario, Él ha redimido a una novia, su iglesia, a la multitud de los redimidos que pertenecen a ella, la cual estará a su lado para siempre. Más hermosa aún que la imagen ofrecida por Adán y Eva en su inocencia en el Jardín del Edén, será esta aparición de Cristo y su Esposa la Iglesia, su Cuerpo. La frescura de su amor y belleza no disminuirá. Estos últimos capítulos apuntan al principio mediante imágenes. Nada ni nadie puede cambiar el propósito y los planes de Dios. Lo que Él ha comenzado

una vez, también *lo* conduce a un final glorioso, a *su* más alto nombre, gloria y honor. Se ha revelado en absoluta perfección y así es como habita con los hombres (Ap 21:3). Un estado eterno de felicidad para las personas, que pueden heredar todo esto por gracia, méritos aparte.

Ya has escuchado, o leído, el Evangelio de la gracia de Dios. Ahora tienes la oportunidad de participar de él volviendo a Dios, arrepentido, y aceptando al Señor Jesucristo en el corazón y en tu vida (es decir, la *entrega incondicional y total de tu vida al Señor Jesucristo*). Hazlo ahora, ponte de rodillas y confiésale tus numerosas culpas y pecados. Agradécele que el castigo que mereces ya lo sufrió Él por ti en la cruz del Calvario. Entonces, serás salvado para siempre.

Para entender la Biblia – el maravilloso mensaje de Dios para todos –, es absolutamente necesario leerla y estudiarla diariamente, por la mañana, por la noche si es posible, siguiendo al Señor Jesucristo en el camino de la fe, constantemente y con oración ferviente. En primer lugar, hay que convertirse, pues solo entonces se puede entender la Palabra de Dios (1Co 2:14). La nueva naturaleza también necesita este alimento diario de la lectura (Juan 6:27) y la comunión con Dios, que se traduce en la oración (1 Juan 2:24).

Para entrar en el reino de Dios, hay que hacerse tan pequeño como los niños (Mateo 18:3-4), a los que se les enseñó a cantar: «Leed la Biblia, orad todos los días», y hacedlo. En verdad os digo que, si no cambiáis y os hacéis como los niños, de ninguna manera entraréis en el reino de los cielos».

Este aporte no es más que una versión condensada del Evangelio: *el Evangelio en pocas palabras*.

(A. Th. Bouter. Versión alemana, septiembre de 2014 / Traducción al holandés e inglés: septiembre de 2022. Nota del autor: este artículo solo puede distribuirse libremente, sin alteraciones y en su totalidad. Correo electrónico: athbouter@kliksafe.nl)